

Título: El viejo y el perro

Autor: Luis Arturo Acevedo Acevedo

El viejo y el perro



Mi agradecimiento fundamental a los que viven todos los procesos de mi vida, mi familia: a mi esposa Eliana, que siempre entienden y respetan pacientemente mi inmersión por horas entre los libros, dejando otros placeres para más tarde, por ejemplo, el paseo del domingo o el helado del verano. A ellos mis infinitas gracias por su comprensión y apoyo.

A mi padres y a nuestras productivas charlas y consejos útiles de vida, donde muchas veces me refugié placenteramente.

A mis hermanos de los cuales he aprendido mucho, quien sin darse cuenta me contagiaron la pasión por escribir

A los amigos de trabajo que confiaron en mí para llevar adelante los conocimientos y plasmarlos en libros

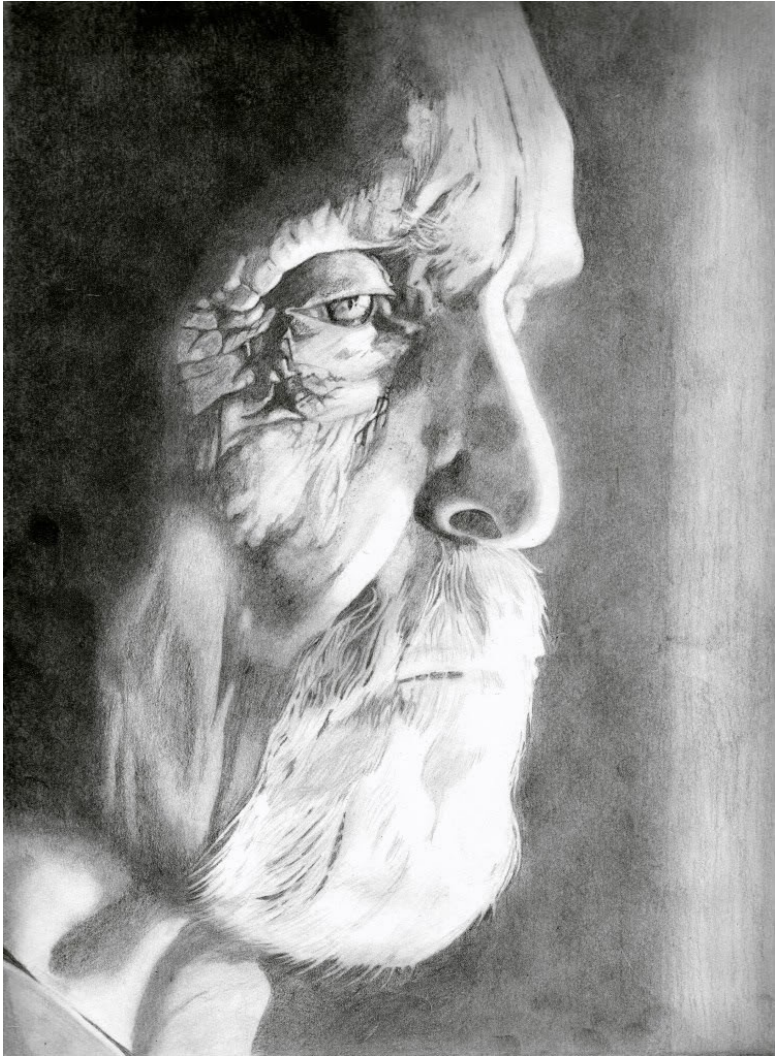
A los conocidos, a sus preguntas, inquietudes y exigencias, que tanto me han enseñado.

A todos esos emprendedores que fundamentalmente me enseñaron que los sueños con acción son realidades productivas.

A mis clientes, que día a día me permiten trabajar para poder elaborar mejores productos

A todos ustedes que invierten su tiempo en leer
estas ideas, mil gracias por estar ahí, y
bienvenidos

Copacabana es un pueblo pequeño a orillas de Medellín Colombia, con un clima cálido pero a la vez invernal en muchas épocas del año, tuvo una breve pero gloriosa época de asentamientos y de barrios que crecían a la par de sus empresas,. Pero me estoy adelantando, nuestra historia comienza incluso antes, cuando Copacabana no era más que un pedazo de tierra cuyo nombre ni siquiera aparecía en el mapa.



Quiero contarles de un hombre viejo que ya casi no pronuncia palabras solo lo específico. Tenía un rostro cansado: cansado de reír y cansado de

enfadarse. Vivía en esta pequeña ciudad llamada Copacabana, al final de la calle, cerca de la esquina. No vale la pena describirlo, casi nada lo diferencia de otros. Usaba un sombrero gris, pantalón gris, una chaqueta gris y en invierno un largo abrigo gris. Tenía un cuello delgado cuya piel está seca y arrugada. Los botones blancos de la camisa le aprietan demasiado.

En el piso inferior de su casa tenía un cuarto; quizás estuvo casado y tuvo hijos, quizás vivió antes en otra ciudad. Seguramente alguna vez fue niño, pero eso fue hace mucho tiempo, allá donde los niños eran vestidos como adultos. Donde se veían tal como en el álbum fotográfico de una abuela.

En su cuarto había dos sillas, una mesa, una alfombra, una cama y un armario. Sobre la pequeña mesa está un despertador, al lado están los viejos periódicos y el álbum fotográfico; sobre la pared colgaba un espejo y un retrato.



El hombre viejo trabajaba por las mañanas y por las tardes; hablaba un par de palabras con su vecino, y por las noches se sentaba a la mesa.

Nunca cambiaba. Incluso los domingos eran así.

Y cuando el hombre se sentaba a la mesa, siempre escuchaba hacer tic tac al despertador.

Pero hubo un día especial: un día con sol, no tan frío ni tan caliente, lleno de gorjeos de pájaros, con gente alegre, con niños que jugaban. Y lo especial fue que, de pronto, todo le gustó al hombre.

Y sonrió.

—Ahora todo cambiará —pensó.

Desabrochó el primer botón de su camisa, tomó su sombrero en la mano; aceleró su paso, se balanceó en sus rodillas al caminar y se puso muy contento. Llegó a la calle donde vivía, inclinó la cabeza para saludar a los niños, caminó hasta su casa, subió la escalera, tomó las llaves de la bolsa y cerró su cuarto.



Pero en su cuarto todo seguía igual: una mesa, dos sillas, una cama. Y cuando se sentó a la mesa, escuchó nuevamente el tic tac y toda su alegría se fue, pues nada había cambiado.

Entonces al hombre le sobrevino una enorme furia.

En el espejo vio ruborizar su rostro: cómo cerraba y abría los ojos; entonces hizo puños sus manos, las levantó y golpeó la mesa; primero un golpe, después otro y empezó a golpear y golpear como si tocara un tambor, al tiempo que gritaba una y otra vez:

— ¡Tiene que cambiar, esto tiene que cambiar!

Y dejó de escuchar el despertador.

Pero sus manos comenzaron a dolerle y su voz se cansó; entonces escuchó otra vez el despertador.

Nada había cambiado.